

Siempre nos quedará París

1r premi del XXXVI Concurs Literari Villa de San Fulgencio-2019

Rasgo el papel y descubro un aterciopelado estuche negro. Será una broma, me digo, pero no. Al abrirlo, me deslumbra una resplandeciente gargantilla. Es preciosa. Y cara. Clavo mis ojos en la joya, pero pretendo vislumbrar qué puede haber detrás. Pedro la coge delicadamente y la ciñe a mi cuello. Le doy un beso de agradecimiento, ocultando mi suspicacia con fingido gozo. Asisto como espectadora a la escena siguiente, en la que él extrae el cinturón de la caja redonda que le acabo de entregar. Se lo prueba y me da las gracias, pero yo estoy lejos de allí. Mi cabeza bulle alarmada ante la sorpresa. Se ha acordado del aniversario y se ha gastado un dineral. Algo no encaja. Recuerdo eso de que los regalos tan espléndidos se gestan en conciencias intranquilas. Esa idea araña mi mente. La gargantilla me ha ofuscado la vista, pero me ha abierto los ojos. Tiene una aventura y se siente culpable. ¡Canalla!

Matilde no se lo esperaba, claro. Su cara de sorpresa se ha transformado rápidamente en gozo al ver en el espejo como relucía la gargantilla en su cuello. Sin embargo, su beso de agradecimiento ha sido frío, tan frío como me he quedado yo al abrir mi regalo. Un cinturón vulgar y corriente. Ella, que es tan detallista en todos sus presentes, ha despachado el asunto con el más pobre de los obsequios hasta la fecha. Además, no es de mi talla. Ni siquiera ha hecho comentario alguno, como dando por cumplido un trámite rutinario que no exige más dedicación. ¿A qué se debe este desinterés? Creo que ya no le importo tanto como antes y no puedo

evitar pensar que, tal vez, hay otra persona que le roba la atención que ya no me dedica.

No he dormido bien. Es curioso que un regalo de Pedro por encima de lo habitual haya encendido la mecha de la sospecha, pero creo que estoy en lo cierto. Se lo he comentado a mi amiga Raquel. Ella opina que debo buscar evidencias antes de dar crédito a mi intuición. Le hago caso y llamo a mi marido por teléfono, no a su móvil, sino al fijo de la oficina. La telefonista me dice que hace diez minutos que ha salido. Llega a casa dos horas después. Y me cuenta que ha estado trabajando hasta ahora, que tiene mucho lío. Le creo en esto último. Tiene un lío.

Me he despertado con el mismo pensamiento con el que me acosté. ¿Será posible que Matilde tenga una aventura? Nunca se me había pasado por la cabeza, pero ahora empiezo a encontrar indicios por doquier. Tanto salir de compras, tanta reunión con las amigas, tanta celebración... Estoy poco en casa, quizás por eso no me he dado cuenta. Después de todo el día sin conseguir apartar las dudas de mi cabeza, se lo comento a Joaquín. Me sugiere que la siga cuando sospeche que se va a reunir con su supuesto amante. No sé, no me veo de detective, pero algo tendré que hacer.

Si no es por el regalo, ni lo hubiera imaginado, sin embargo, la vida está llena de cosas que nunca imaginamos y ocurren, así, sin más. Y ahora, echo la vista atrás y encuentro mil señales de posibles infidelidades. Sonrisas, gestos, comentarios que ya no veo tan intrascendentes. De golpe, creo descubrir un nuevo Pedro al que no conozco. ¿Cuántas veces me ha sido infiel? ¿Desde cuándo lleva esta doble vida? Pasan los días y su comportamiento no ha

cambiado. Sigue igual de solícito, igual de cariñoso, igual... No, en la cama no es igual. Lo noto forzado, como si se resignara a cumplir mientras desea estar con otra. Pero ahora, siento que la otra soy yo.

Hay ideas que te incordian unos días y se van, pero la sospecha de que Matilde me engaña se ha metido en mi conciencia sin vuelta atrás. Y no dejo de preguntarme por qué. ¿Por qué ha entrado otro hombre en su vida? ¿Por qué ya no soy suficiente para ella? Me torturo pensando que mi negativa a tener hijos haya levantado un muro entre nosotros. Pero eso no significa que tenga que echarse en los brazos de un amante. ¿Qué piensa, quedarse embarazada de otro? Ayer hicimos el amor. Lejos de entregarse a la pasión, parecía escrutarme, como si necesitara evaluar mi nivel de deseo. Siento que nuestra historia es un castillo de naipes que puede venirse abajo con un soplo. No me resigno. He de ponerla a prueba. Voy a proponerle hacer una escapada romántica.

Si tenía alguna duda, se ha disipado por completo. No ha bastado la gargantilla. Ahora Pedro quiere hacer un viaje de fin de semana a París. ¿Acaso piensa que soy tan inocente como para no darme cuenta de que cuanto más generoso se muestra, más se delata? Le he dicho que nada de viajes. Estás un poco raro últimamente, le he reprochado. Se ha molestado y me ha espetado que lo raro es rechazar la propuesta de viajar a París, que algo me está pasando y le gustaría saber qué es. ¡Qué curioso! Parece que me quiera endilgar el sentimiento de culpabilidad a mí.

Lo sabía. No sé por qué, pero temía su negativa. Le propongo una escapada como las que hacíamos antes y me dice que estoy raro. Hay algo distinto en ella y me duele imaginar lo que es. Alguien está tensando la cuerda para que se rompa. ¿Por qué no soy para Matilde

lo que he sido hasta ahora? ¿Por qué se está haciendo añicos la complicidad y la transgresión que acompañaba nuestras locuras? Estar conmigo ya no es tan maravilloso, por lo que se ve. Debo descubrir quién pretende ocupar mi lugar.

Estoy descolocada. Pedro tiene una amante y no acierto a ver cómo encajar la situación. Con ese aspecto de no haber matado una mosca en su vida y menudo sorpresón me ha dado. Hubiera puesto la mano en el fuego por él. Resulta tan increíble que aún pienso si no estaré exagerando. ¿Y si la otra sólo existe en mi imaginación? ¿Y si la gargantilla no era más que un regalo inocente que yo he envenenado con unos inesperados celos que no había sentido hasta ahora?

Nunca he tenido motivo para desconfiar de Matilde, pero es cierto que es mucho más lanzada que yo. Más atrevida. Más abierta a aceptar sin miedo nuevas compañías. Yo, desde que vivo en pareja, si alguna vez he percibido que alguien se me aproximaba demasiado, he marcado distancias de inmediato. Pero ella no es así. No se arruga ante las insinuaciones. Sé que hay otro, aunque una lógica elemental, pero rigurosa, me diría que esa afirmación no se sostiene. Que sea capaz de tener un amante no significa necesariamente que lo tenga. ¿No me habré precipitado? ¿Es posible que un decepcionante cinturón haya dado rienda suelta a mi fantasía hasta tal punto?

Estoy hecha un manojo de nervios. Necesito saber la verdad. He esperado a que Pedro saliera del trabajo y le he seguido a cierta distancia. Ha dirigido su coche hacia una zona residencial de modernos edificios y ha aparcado muy cerca del portal al que ha accedido poco después. Sé que por este barrio vive algún amigo,

pero no recuerdo quien. Me voy a casa. Tarda casi tres horas en llegar. Le pregunto de donde viene y me contesta tranquilamente que de ver el fútbol en casa de Joaquín y que si no me lo había dicho. Dudo si preguntarle dónde vive, pero lo hago, y me indica sin dudar la dirección de su amigo. Es el mismo sitio al que le he visto entrar esta tarde. ¡No miente! He sido una estúpida. Me he montado una pirula yo solita. ¡Dios!

Las cosas no siempre son lo que parece. Un poco incómodo, pero dolido, he seguido a Matilde cuando ha salido esta tarde. Me he decidido al ver lo arreglada que iba. Tras diez minutos de paseo, se ha parado ante el portal donde vive su amiga Raquel. Me ha llamado la atención que tenía llaves para abrir, pero no le he dado importancia. He sentido una mezcla de alivio y decepción. De repente me he preguntado qué estaba haciendo yo allí, sospechando de mi mujer, intentando descubrir un adulterio que posiblemente solo estaba en mi imaginación. Me he ido rápidamente, no fuera que bajaran las dos para ir de compras y me vieran. Me he sentido avergonzado y he vuelto a casa con la sensación de estar haciendo el gilipollas.

Cuando he llegado al quinto piso, he pasado por delante de la puerta de Raquel sin parar. Gabriel me había dicho que hoy tenía poco tiempo y ya me esperaba medio desnudo en la cama. Odio las prisas. Al acabar, ni siquiera se ha duchado, se ha vestido rápidamente y se ha despedido con un efímero beso y una leve caricia en mi desnuda espalda. Al salir, me encuentro a Raquel en el rellano. Bajamos a tomar algo y le cuento lo de la otra tarde, cuando seguí a Pedro. No me explico cómo he podido dudar de él. Es tan inocente. La mala eres tú, me dice mi amiga. ¿Y tú, qué?, le reprocho

burlona. Me contesta que sólo es mi coartada y la que me cede el piso de al lado para mis encuentros prohibidos. Apuro el té entre risas y vuelvo a casa, donde me espera mi santo varón. ¡Qué ridículo me resulta haber dudado de su fidelidad! Me regala la gargantilla con toda su ilusión y yo pensando mal de él. Quizás debería ser más agradecida y aceptar la escapada a París que me propone.

No dejo de culparme por esa burda reacción infantil. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que Matilde me es infiel? Soy un capullo. Tengo una mujer buena que no merece a un vicioso como yo. Joaquín ríe al escucharme, mientras me abraza por la espalda, deslizado sus manos sobre mi pecho. Me da un beso en el cuello y me advierte que algún día me echará un ultimátum para que elija entre mi mujer o él. Estamos bien así, le susurro. Me visto y me voy, con el convencimiento de tener que reparar el agravio de haber dudado de ella. Necesito sentirme en paz conmigo mismo. Y de pronto veo claro qué debo hacer. Voy a insistir en el viaje a París.